

Traducir Bolivia: Carlos Martínez Moreno y la revolución del 52

Ximena Espeche

Universidad de Buenos Aires/CONICET

La traducción, las agencias de noticias y las relaciones exteriores

En abril y julio de 1952, Carlos Martínez Moreno escribía y publicaba en el semanario *Marcha* una serie de notas sobre el levantamiento boliviano que había tenido lugar entre el 9 y el 11 de abril de ese año.¹ Liderado por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), algunos de cuyos miembros operaban desde el exilio rioplatense, “policías, mineros y milicianos nacionalistas derrotan al ejército de la ‘rosca minera feudal’ y abren paso a un proceso de cambio estructural”. Los sucesos iniciados el 9 de abril habrían marcado el fin del Estado oligárquico y dado inicio al llamado “capitalismo de Estado”.²

¹ Martínez Moreno era abogado y narrador; fue parte de la llamada “generación del 45” considerada renovadora de la crítica y literatura uruguayas, una de cuyas tribunas fue *Marcha*. Pablo Rocca, “Carlos Martínez Moreno: ficción y realidad”, Raviolo Heber y Pablo Rocca, dir. *Historia de la literatura uruguaya contemporánea, Tomo I: La narrativa del medio siglo* (Montevideo: EBO, 1996), 167-189.

² Pablo Stefanoni, “*Qué hacer con los indios...*” *Y otros traumas irresueltos de la colonialidad* (La Paz: Plural, 2010), 79. La “rosca minera-feudal” hace referencia al conjunto de las familias Aramayo, Hostschild y Patiño titulares de las minas de estaño que conformaban un conglomerado de presión política y económica en Bolivia. El MNR fue un partido político fundado entre 1941 y 1942, que con un discurso antioligárquico y antiimperialista defendió una plataforma nacionalista y reformista. Entre sus líderes estaban Víctor Paz Estenssoro, Walter Guevara Arze, Augusto Céspedes, Carlos Montenegro y Hernán Siles Zuazo. Sus dirigentes

Martínez Moreno escribió esas primeras notas desde Montevideo y las últimas, “especiales para *Marcha*”, desde la Paz y Oruro en Bolivia. En ese entonces *Marcha* ya era un reconocido semanario de análisis político y cultural, con una posición claramente antiimperialista y latinoamericanista.³ Esa revolución—antes de la cubana, a la que también le dedicó correspondencias y textos de ficción—fue objeto de sus explicaciones; ellas funcionaron como *traducciones* al público rioplatense de lo que pasaba en un país también pequeño, pero que se observaba como sumamente distinto a Uruguay.⁴ Pensar en esas notas como *traducciones* supone una serie de cuestiones literales y metafóricas: el problema de la traducción ha sido, también, efectivo en otros estudios vinculados a los análisis de las prácticas revolucionarias y a las disputas por especificar qué era y cuáles eran los alcances de una transformación social en América Latina y su relación con otras llevadas a cabo en Europa, por ejemplo.⁵ ¿Cómo

provenían en parte de las clases medias urbanas y se foguearon en la política en los años 30, bajo el socialismo militar, y en los 40 en el gobierno de Gualberto Villarroel, en el nuevo clima político favorable al nacionalismo antioligárquico resultante de la guerra del Chaco (1932-1935) que enfrentó a Bolivia con Paraguay y se vivió como una derrota militar que desprestigió severamente a los partidos tradicionales y a las clases dirigentes. Las “medidas insignia” de la revolución liderada por el MNR fueron la nacionalización de las minas, la universalización del voto, la reforma agraria y la educación de las masas. En 1951 el MNR ganó las elecciones pero el presidente en ejercicio, Mamerto Urriolagoitia, declaró que ese resultado era un peligro para la democracia y entregó el gobierno a una junta militar. Stefanoni, *Qué hacer...*, 80.

³ Pablo Rocca, “35 años en Marcha”, *Nuevo texto crítico* (1993): 3-151 y Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002).

⁴ “Bolivia comienza a vivir su revolución”, *Marcha* N° 618 (18 de abril de 1952): 16; “Bolivia comienza a vivir su revolución”, *Marcha* N° 619 (25 de abril de 1952): 16; “Un reportaje a la revolución boliviana”, *Marcha* N° 633 (1 de agosto de 1952): 11 y 13; “Un reportaje a la revolución boliviana (II)”, *Marcha* N° 634 (8 de agosto de 1952): 11; “Un reportaje a la revolución boliviana (III)”, *Marcha* N° 635 (15 de agosto de 1952): 14; “Un reportaje a la revolución boliviana”, *Marcha* N° 636 (22 de agosto de 1952): 8-9. Volvió sobre el tema más adelante: “El 9 de abril en Bolivia”, *Marcha* N° 659 (15 de abril de 1955): 5-4; “Retrato de una revolución a sus tres años”, *Marcha* N° 760 (22 de abril de 1955): 11; “Hambres y urgencias tras el ayuno de Siles Zuazo”, *Marcha* N° 846 (11 de enero de 1957): 10; “Una revolución en la encrucijada”, *Marcha* N° 860 (3 de mayo de 1957): contratapa. En ficción, Bolivia es tema central en su relato “Los aborígenes” (Montevideo: Alfa, 1964) y en *Coca* (Caracas: Monte Ávila, 1970). Para la consulta online del semanario *Marcha*: www.publicacionesperiodicas.edu.uy.

⁵ Esto es, esa suerte de “Poética de la traducción” que inauguró la revolución francesa; y, también, las discusiones vinculadas a la traducibilidad de los lenguajes políticos tematizada por Antonio Gramsci y recuperada por José Aricó. Y, por último, de qué modo esto redefine las aseveraciones marxianas vinculadas a la necesidad de crear un nuevo lenguaje político, no traducible, al que hacía referencia Karl Marx en su *18 Brumario* y que recupera a su modo José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos* (sobre los que trabaja además José Aricó). Véase, Américo Cristofalo, “Presentación. Traducir el siglo XIX”, Jerónimo Ledesma y Valeria Castelló-Jouvert, coords., *Revolución y literatura en el siglo XIX. Fuentes, documentos, textos críticos*, Tomo I: Blake, Büchner (Buenos Aires: Editorial de la FFyL, UBA, 2012), 5-10. Martín Cortés, “La traducción como búsqueda de un marxismo latinoamericano: la tradición intelectual de José Aricó”, *A contracorriente*, Vol. 7, N° 3, (2010): 145-167 y Mariano Zwarosky,

explicar algo que parece y/o es asumido como cercano y distante? ¿Qué es lo que habría que explicar? ¿Bajo qué argumentos y descripciones hacerlo? ¿En qué medida el análisis e información del hecho funciona como parte de una dinámica más amplia de disputas político-partidarias, culturales, locales e internacionales?

Las notas que escribió Martínez Moreno pueden ser leídas, entonces, en torno a una serie de problemáticas que exceden el hecho mismo de la revolución y lo inscriben en el marco de una serie de temáticas también trabajadas en *Marcha*: las diferentes posiciones respecto de la acción uruguaya en relaciones internacionales, puesto que el semanario leía las acciones del panamericanismo—del posterior sistema interamericano—como una fachada del imperialismo y además apostaba por el “tercerismo”. Y, sobre todo, esas relaciones al calor de al menos tres claves en el período inscrito entre la Segunda Guerra y el avance de la Guerra Fría: imperialismo /antiimperialismo, Dictadura/Democracia y comunismo/anticomunismo.

Uruguay, además, se había transformado durante la Segunda Guerra en el “escudo democrático” del Cono Sur y era identificado en su alineamiento en la línea de la política exterior norteamericana—su acendrado panamericanismo, que buscaba justamente rodear a la Argentina peronista—. De este modo, el interés por la protección de un estilo de ser uruguayo se vinculaba entonces con la preocupación por la Defensa Nacional, que llevaba a una exaltación de la Democracia, y a lo que Esther Ruiz ha llamado una suerte de “nacionalismo cosmopolita”: la identidad de la nación estaba engarzada a su carácter cosmopolita, *qua* democrático, liberal, constituida por la sumatoria armónica de diversos grupos inmigrantes y la vivaz conjunción cultural en una ciudad como Montevideo.⁶

Entender esas notas como *traducciones* permite además dos movimientos dentro de la trama antes mencionada: el primero de ellos es el de definir en qué medida Martínez Moreno recortaba/explicaba la historia de Bolivia y esa revolución como parte de una historia de revoluciones y levantamientos en el subcontinente y, sobre todo, cómo atendía a las diferencias y similitudes con un país como Uruguay que, al momento en que Martínez Moreno escribía, era considerado en general como

“Gramsci y la traducción. Génesis y alcances de una metáfora”, *Revista Prismas* Vol. 17 N° 1, (junio 2013), 49-66.

⁶ Esther Ruiz, “Mirando a Artigas desde el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial”, Ana Frega y Ariadna Islas (coords.) *Nuevas Miradas en Torno al Artiguismo: Recopilación de ponencias e intervenciones del Simposio “La Universidad en los 150 años de la Muerte de José Artigas: Nuevas Miradas y Debates Actuales sobre el Artiguismo”* (Montevideo: Depto. de Publicaciones de la FHCE, 2001); “Del viraje conservador al realineamiento internacional. 1933-1945” y “El Uruguay próspero y su crisis. 1946-1964”, Frega Ana et al., *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)* (Montevideo: EBO, 2010), 85-162.

“un oasis de excepción”—como dijera uno de sus presidentes, Luis Batlle Berres, en 1948 o, según dos viajeros extranjeros un “País feliz” y un “Estado benefactor”—. Todas estas caracterizaciones sintetizadas en las referencias al Uruguay batllista como *sinécdoque* de la excepcionalidad que *Marcha* cuestionaba.⁷

El segundo movimiento es entender que esas notas estaban pensadas para un público rioplatense acostumbrado a una prensa rica en noticias del *mundo*, como lo muestra un mínimo paneo de las tapas de la prensa periódica del período. Quiero decir, Martínez Moreno convivía no sin conflicto con otras *traducciones*: las de los cables de las agencias de noticias Associated Press (AP), United Press (UP) y Agence France-Press (AFP) que eran utilizados por los principales medios del periodismo montevideano, quienes a su vez en determinados momentos debían *traducir* al lenguaje de cada órgano de prensa, y de acuerdo a una lectura específica de la coyuntura político-partidaria los hechos bolivianos.⁸

En este sentido, la convivencia estaba enlazada con una serie de usos políticos y coyunturales de las noticias que pasaban de la lógica de lo internacional a la trama de discusiones político-partidarias nacional. En cada diario había una suerte de *inestabilidad* respecto a la valoración de los hechos informados: convivía la información de los cables a veces contradictoria con las notas editoriales o colaboraciones de diverso tenor; así también estaba la sospecha de que, si desde Argentina la revolución era bienvenida, ello contravenía cualquier reconocimiento de legitimidad posible. Como veremos, Martínez Moreno insistió en discutir la propia legitimidad de las informaciones vertidas por las agencias de noticias—porque en el caso boliviano

⁷ Carlos Real de Azúa, “Dos visiones extranjeras”, *Marcha* N°640 (26 de septiembre de 1952): 20-21. Ximena Espeche, *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX* (Bernal: UNQ, en prensa). Batlle Berres, sobrino de José Batlle y Ordóñez quien fuera cabeza del coloradismo batllista y al que se asocia con la extensión—cuando fuera presidente del país—de una serie de derechos sociales y políticos que hicieron del país uno de “excepción”, gobernó Uruguay en los períodos 1947-1951 (asumió ante la muerte del presidente)/1955-1959 (presidente del Colegiado hasta 1956, integrante del Consejo Nacional de Gobierno hasta 1959) haciendo de ese legado un patrón legitimador de sus decisiones políticas y económicas. Dirigió el diario *Acción*. El Estado batllista era concebido como creador de ciudadanía, una religión civil y laica cuyo santuario era la capital, Montevideo. Si los contingentes de inmigrantes fueron integrados desde la noción de un “nacionalismo cosmopolita”, ello reforzó la imagen de una sociedad aluvial, incorporada armónicamente al Estado que mediaba entre intereses en conflicto. Al mito de un Estado “benefactor” y de un país “feliz” había que sumar el de un país “sin indios”. Todo ello coadyuvó al imaginario de un país considerado “fuera” de América Latina.

⁸ En general, cada partido político y sus fracciones contaba con un órgano de prensa afín. Por ejemplo, el diario *Acción* respondía a la lista “15”, liderada por Batlle Berres; *El Día*, también del partido Colorado, estaba vinculado a la lista “14”; en el partido Nacional se destacaban *El Debate* (vinculado a la fracción herrerista) y *El País* (al partido Blanco Independiente). El partido socialista contaba con el diario *El Sol* y el comunista con *Justicia*.

además las vinculaba a la égida del Departamento de Estado de los Estados Unidos y su connivencia con la rosca—y, a la vez, desmarcar a la revolución del visto bueno peronista. En definitiva, se trataba de discutir los alcances de esa revolución en ese marco y hacerlo desde la apuesta del semanario en el que las notas habían sido publicadas, especialmente el antiimperialismo y el llamado ‘tercerismo’.

Aunque el tercerismo fue objeto de ensayos, debates en la prensa y discusiones variadas (¿desde cuándo datar su origen?, ¿antes o después de 1947? Fecha consensuada del inicio de la Guerra Fría; ¿qué implicancias tenía para la historia misma del semanario? ¿había sido una postura mantenida con anterioridad?, por ejemplo), en *Marcha* al menos desde poco después del fin de la Segunda Guerra había notas que explicaban *su* tercería. Por ejemplo, en 1951 y en sus páginas centrales, una nota firmada por A.F.S aclaraba qué era y qué no era propio de la tercera posición. Era algo más que una posición uruguaya respecto a la disputa por el liderazgo mundial entre bloques oriental y occidental; lejos estaba de ser neutral y sí se pensaba como parte de una línea en política internacional que era saludable tener en cuenta, justamente porque incidía en el desarrollo del país. También implicaba la defensa de la paz mundial frente a la amenaza atómica.⁹ El semanario insistió en definir la tercera posición y el tercerismo y desplegar la relación entre pacifismo y antiimperialismo como dos puntos de una misma prédica, teniendo muy en cuenta la capacidad de presión concreta ya fuera territorial, política, económica y/o cultural por parte de la órbita soviética o estadounidense.¹⁰ La Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay (FEUU) también lo había hecho parte de su posicionamiento político-

⁹ A.F.S, “Lo que es y lo que no es la Tercera Posición”, *Marcha* Nro. 580 (15 de junio de 1951): 8-9.

¹⁰ Véase, por ejemplo, la recopilación realizada por Aldo Solari sobre el Tercerismo en *Marcha. El Tercerismo en el Uruguay* (Montevideo, Alfa, 1965). Sobre el tercerismo véase *Tercera posición, nacionalismo popular y tercerismo* de Carlos Real de Azúa (que recupera el debate entre este y Arturo Ardao así como el libro de Aldo Solari sobre Tercerismo publicado en 1965). También Eduardo Vior, “Perder los amigos, pero no la conducta’ Tercerismo, nacionalismo y antiimperialismo: *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-74)”, Mabel Moraña y Horacio Machin (eds.), *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2003), 79-122. Sobre la “Tercera posición” como parte de un “sueño imperial” peronista, véase Juan Odonne, *Vecinos en discordia* (Montevideo: El galeón, 2004 [versión corregida]) y Loris Zanatta, *La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón* (Buenos Aires: Sudamericana, 2015). Sobre la filiación ideológica de derecha e izquierda de la Tercera posición peronista, Mariano Plotkin, “La “ideología” de Perón”, Mariano Plotkin y Samuel Amaral, *Perón del exilio al poder* (Buenos Aires: Cántaro Editores, 1993), 45-67. Para una revisión de todas esas apuestas analíticas, tomando en cuenta la idea del tercerismo como una suerte de disputa sobre un *nacionalismo legítimo* en Uruguay véase: Ximena Espeche, *La paradoja*, cap. 4.

ideológico durante la Guerra de Corea (1950-1953) y aun antes de que la Segunda Guerra terminase, sobre todo cuando la URSS intervino en la contienda en 1941.¹¹

Aun estas definiciones, el *tercerismo* también podía ser inestable: podía quedar demasiado cerca de otros análisis relativos a cuál era el lugar de los países periféricos luego de la redistribución de poderes fácticos al finalizar la Segunda Guerra, como el peronista. De hecho, en la alocución radial que el Tte. Gral. Juan Domingo Perón hizo en 1947 presentando a la Tercera posición, y los escritos posteriores en el diario *Democracia*, centraba su defensa en una posición en política internacional, una vía diferente de las prefijadas por los bloques occidental y oriental, antiliberal, católica y que definía un centro en torno de la industrialización, el comercio regional y la organización de un complejo industrial militar. Para sus detractores, no eran más que los intentos de expansión de la Argentina bajo el mandato de Perón.

En otras palabras, si toda revolución funda un tiempo y un espacio, Martínez Moreno fue *hacia* Bolivia, *hacia* esa revolución para dar cuenta de qué venía a fundar, y para hacerlo, debía exponer como si dijéramos “lo nuevo”, “lo viejo” y “lo prestado”.¹²

Bolivia para uruguayos

¿Cómo explicar Bolivia en Uruguay? Aquí pueden verse trabadas dos cuestiones: por una parte, cómo legitimar la existencia de una revolución como la de ese país que, por su historia política, por su composición poblacional, y por el modo en que su economía estaba inscrita en el comercio internacional, parecía—siendo parte del mismo Cono Sur—muy lejos de Uruguay. Y, al mismo tiempo, se trató, ya una vez la revolución tenía unos meses en el poder, de explicar por qué el gobierno retrasaba un llamado a elecciones y dificultaba la salida de un matutino como el diario *La Razón*—propiedad de la familia Aramayo—y en qué medida esos hechos no ponían en duda los valores democratizadores de una fuerza como el MNR, que

¹¹ En 1953, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay convocaría a unas reuniones de discusión en la que la “Tercera Posición” fue un problema sobre el que discutieron el líder del partido comunista, Rodney Arismendi, Eduardo Rodríguez Larreta del partido Nacional independiente y Vivian Trías, líder reciente del partido Socialista. Para los dos primeros la “tercera posición” era recusable. Arismendi diría que podía entenderse como una forma solapada de anti-comunismo y Rodríguez Larreta que era una estrategia argentina en relaciones internacionales de dudosa apariencia democrática. AA.VV. Transcripción a máquina de las conferencias sobre “Tercera Posición” organizadas por la Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay, 1953. Agradezco la generosidad de Rodolfo Porrini al prestarme este material.

¹² Sobre la revolución como fundadora de tiempo y espacio: Sylvia Saitta, “Hacia la revolución”, *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda* (Buenos Aires: FCE, 2007), 11-30.

además había colaborado en 1943 con un golpe militar. Esto es, se trataba de explicar y lograr empatía sobre hechos de un país en otro que se había asumido como democrático, republicano y liberal (aun cuando desde 1933 hubiera tenido dos golpes de estado) cuando al mismo tiempo los sucesos bolivianos parecían tener demasiadas similitudes con los sucesos argentinos: en el país peronista había censura—el caso del diario *La Prensa* fue el más utilizado para relacionar con el de *La Razón*, en Bolivia—, las elecciones que dieron la victoria a Juan Domingo Perón fueron realizadas dos años después de un golpe de Estado en el que éste último había sido una pieza central, y de hecho los principales líderes del MNR al momento de exilarse habían contado con la protección de la Argentina peronista. (O al menos así podía leerse en rigor que el país hubiera acordado darles asilo, aunque más adelante, como veremos, los hubiera desterrado a Uruguay.)

Las notas que escribió Martínez Moreno primero hicieron hincapié en la información sobre una coyuntura específica y, luego, ya unos meses después, en clarificar sobre aquellos hechos que hacían al poder del MNR en el estado. Así, las primeras notas son un resumen de ciertos datos de la política, economía y cultura bolivianas que parecían necesarios para explicar los sucesos de abril (los antecedentes de la revolución y del MNR, la participación en el golpe de Villarroel, las diferencias entre sus líderes), y sobre todo la cita a las palabras de Paz Estenssoro dándoles un primerísimo lugar; y las notas desde La Paz y Oruro se querían expresiones de una “experiencia viva de la Revolución”, por ello la importancia de que el título tuviera al reportaje como la acción que el periodista asumía allí: un realismo desatado en el ser y estar de Martínez Moreno en el lugar de los hechos.

En los casos de las citas a las palabras de Paz Estenssoro, el periodista operaba como una suerte de médium o vocero; sus notas describían, vía una síntesis realizada en 1950 Paz Estenssoro desde su exilio uruguayo, esa distancia en la historia política y económica entre Uruguay y Bolivia:

Cuando cuatro quintas partes de la población boliviana tiene un nivel de vida infrahumano, en nada superior a lo que encontraron los españoles al llegar a América hace cerca de quinientos años; cuando la explotación de las riquezas naturales apenas si deja beneficio al país y sólo sirve para hacer más ricos a unos pocos y más pobres aún a la inmensa mayoría de sus habitantes ya inconciblemente pobres; cuando la hegemonía que ejercen en la vida nacional las grandes compañías cierra toda posibilidad a los profesionales, los pequeños comerciantes e industriales para que puedan surgir y lograr una situación independiente si no es poniéndose al servicio directo o indirecto de tales empresas; cuando el Estado sometido al poder de éstas o constituido en su instrumento se halla incapacitado para realizar las obras públicas y poner en

marcha los servicios que Bolivia requiere de modo angustioso precisamente por ser un país económica y socialmente atrasado; cuando la vida transcurre para la mayoría de los bolivianos sin ningún aliciente o compensación y falta de toda seguridad para el porvenir, no están dadas evidentemente, las condiciones para que pueda la República tener estabilidad política.¹³

Justo allí, en el diferencial de la estabilidad política, desarrollo económico y relación del Estado con las empresas estaría también la separación entre ambos casos. Es que, frente a cualquier comparación, la lejanía era notoria. Pero aun así desde *Marcha* se insistía en la fragilidad de la condición excepcional de Uruguay arguyendo, en la voz de visitantes extranjeros, esas verdades. “El Uruguay visto por una periodista estadounidense”: así publicó el semanario una nota de una periodista que contaba sus impresiones sobre el país. El artículo ponía de manifiesto la crítica ya usual en *Marcha* sobre la excepcionalidad del país; para la periodista estadounidense, la ilusión estaba vinculada con el *tiempo* de permanencia en el país, porque el extranjero que “se queda por poco tiempo en Montevideo, casi siempre recibe la impresión de que el Uruguay es una especie de paraíso, una especie de Utopía en este mundo desgraciado”; comparativamente con otros países de la región, Uruguay era ese “oasis”. Pero allí no podía acabar el análisis: era un país pequeño, de pocos recursos naturales y pésimas rutas de comunicación interna cuando esas variables eran, a los ojos de la articulista, las que aseguraban el desarrollo. Aunque todavía no fuese un *leit-motiv* contundente, la viabilidad del país había sido un problema repetido a comienzos de siglo, y aquí había otra comparación con el país andino: Bolivia también dudaba de su capacidad de ser un país viable. En el hálito comparativo el espejismo parecía resolverse en una realidad menos espléndida.¹⁴

La identidad latinoamericana entre Uruguay y Bolivia, bajo la cual Martínez Moreno enmarcó sus análisis de los hechos revolucionarios, debía organizarse paradójicamente sobre otras credenciales que las de la *excepcionalidad* uruguaya (que era a la vez afirmada y cuestionada) y la *generalidad* boliviana respecto de América Latina,

¹³ Martínez Moreno, “Bolivia...II”, 16. Paz Estenssoro junto con otros líderes del MNR se exiló en Argentina después del golpe a Villarreal. Luego de un intento fallido de retornar a Bolivia en pos de un alzamiento en 1949, Paz Estenssoro y el resto de los dirigentes del MNR fueron desterrados de Argentina. Uruguay los recibió y se les permitió residir en el país pero no en Montevideo. Paz Estenssoro habría vivido en el departamento de Minas. Eduardo Arze Cuadros, *Bolivia, el programa del MNR y la revolución nacional. Del movimiento de Reforma Universitaria al caso del modelo neoliberal* (La Paz: Plural, 2002), 130-131.

¹⁴ Madolín Shorey de Cervantes, “El Uruguay, visto por una periodista estadounidense”, *Marcha* N° 632 (viernes 25 de julio de 1952): 8 y 9. Sobre la viabilidad en Bolivia, Stefanoni, *¿Qué hacer...?*, 39. Y el mismo problema en Uruguay, Espeche, *La paradoja*, cap. 2.

entendiendo esta última como si Bolivia diera cuenta del epítome de una idea sobre qué significaba un país latinoamericano efectivizada en la imagen de un país *con* indios, pobre, con continuas discontinuidades democráticas, y sobre todo, coto de caza imperialista. Bolivia y Uruguay eran parte un Cono Sur inextricablemente unido. Dicha unión parecía una y otra vez efectivizada más por un enemigo común, el imperialismo, que en Bolivia asumía además un rostro económico, y que debía ser vencido con una suerte de “democracia económica”; ella era la que finalmente daría real cauce a una democracia política que, hasta que la situación boliviana estuviera calma, “no tiene todavía densidad corporal”. La “experiencia viva” de la Revolución parecía contrastar con cualquier idea que se tuviera de una revolución llevada a su grado cero, o comparada con la experiencia política uruguaya:

Por eso, por la falta de evolución y madurez cívica que es la obra de muchos años de gobiernos que soportaron la antinomia de su liberalismo político y su servilismo económico, la democracia política no tiene todavía densidad corporal, no tiene estatura decisiva en Bolivia. La tendrá, acaso, pero a su amparo pueden, entre tanto, volver a hacer su juego los intereses hoy desplazados.¹⁵

Tanto en el uso de las palabras de Estenssoro, que resumía el atraso de Bolivia y su situación de inseguridad política—debido a la inseguridad económica—, y su posterior definición de esas dos democracias (política y económica), Martínez Moreno explicaba que, después de la revolución de abril, el llamado a elecciones había sido pautado para el año siguiente (hasta la reformulación de los padrones). Bajo este análisis, los tiempos de la revolución y de la democracia podían parecer contradictorios sin serlo. La revolución había reconocido a la amplia mayoría boliviana otorgando el derecho al sufragio universal y a la vez esa misma participación se veía retardada unos meses hasta que se reorganizaran los registros civiles (recuperando la información del decreto del 21 de julio de 1952 que establecía el sufragio universal); es decir, el gobierno revolucionario anulaba los registros civiles existentes y organizaba nuevos registros comenzando el 1ro. de octubre de ese mismo año. Y en ese *tempo* convivían dos diferencias: la particularidad de una revolución como la boliviana que decía haberse realizado para restablecer el juego democrático y la legitimidad de unas elecciones y, a la vez: “las posibilidades de una democracia política, formalista y sufragista, al estilo de la nuestra, no parecen ser las que puedan importar a esta hora de Bolivia ni son tampoco enteramente consistentes”.¹⁶ La

¹⁵ Martínez Moreno, “Un reportaje...III”, 11.

¹⁶ *Ibidem*.

democracia boliviana debía comprenderse entonces bajo este prisma. Se trataba de abogar por un gobierno que fuera legítimo, aunque detuviera la república democrática y sus instituciones por unos meses.

Bolivia parecía abrir con una novedad también una posibilidad: un gobierno *tercerista* en el Cono Sur. Pero afirmar la tercería de la revolución implicaba también explicar su distancia respecto de otra formulación que invocaba del mismo modo la diferencia en el posicionamiento en política internacional frente a los bloques occidental y oriental. Se volvía por lo tanto necesario aclarar las similitudes y las diferencias de la Tercera Posición, sobre todo si se utilizaba la línea tercerista para explicar la revolución de 1952.¹⁷ En *Marcha*, al menos ese mismo año, la “tercera posición” quería decir—en relación con la postura del semanario respecto de la firma del Tratado Militar de Uruguay con los Estados Unidos en junio—que “no representa ni puede representar ninguna doctrina, ni tampoco se encarna en una definida línea de política internacional”.¹⁸ Negarse a una definición era negarse a circunscribirla a alguna de las formulaciones que parecían entenderse como más o menos vinculadas con la de los dos partidos tradicionales, y especialmente con lo que se entendía eran las elecciones en política internacional del batllismo: su alineación con los Estados Unidos. El tercerismo era entonces, bajo esta óptica no específica, una “fuerza universal en constante ascenso”, que se distinguía tanto del comunismo, así como de cualquier punto de vista de “tal o cual país más o menos importante que resista marcar el paso a la derecha o a la izquierda, sea Inglaterra, Francia, España o Argentina”.¹⁹

¹⁷ Stephen Gregory afirma que había sido una suerte de nacionalismo atemperado por la necesidad de integración. José Pedro Cabrera Cabral, sigue a Solari al decir que el tercerismo habría sido una característica propia del nacionalismo de las izquierdas uruguayas entre 1950 y 1973. Diría más bien que el tercerismo poco a poco comenzó a funcionar como un modo legítimo de ser nacionalista (esto es, sin ser expansionista, militarista ni de derecha) en Uruguay. Stephen Gregory, *The Collapse of Dialogue. Intellectuals and Politics in the Uruguayan Crisis 1960-1973* (Tesis de doctorado. Australia: University of New South Wales, 1998), 51-64. José Pedro Cabrera Cabral, “El pensamiento nacionalista de la izquierda uruguaya (1950-1973)”, *Cuadernos Americanos*, 133 (2010): 75-87; Espeche, *La paradoja*, op.cit.

¹⁸ “Contra el tratado”, *Marcha* N° 633 (1 de agosto de 1952): 5. El gobierno uruguayo firmó el 30 de junio de 1952 un Tratado de asistencia militar con los Estados Unidos, similar al firmado entre este último país y Brasil. La firma de este tratado estaba en estrecha vinculación al que el Uruguay había firmado en 1947 en la Conferencia de Cancilleres realizada en Río de Janeiro: el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). Esther Ruiz, “El Uruguay próspero”, 146-147. Véase entre otras, “El Tratado” (Editorial), y “El trámite del tratado”, *Marcha* N° 629 (4 de julio de 1952): 1 y 5 respectivamente; “Sin Brújula y sin velas” (Editorial), y “Aspectos constitucionales de la aprobación del tratado”, *Marcha* N° 630, 1 y 5 respectivamente; “El Tratado y el imperialismo”, *Marcha* N° 631 (19 de julio de 1952): 5.

¹⁹ *Ibidem*.

Las notas de Martínez Moreno recuperaron las acciones del MNR y de la revolución como parte de una lucha justamente *nacional* afincada en la línea tercerista, cuya agenda no debía estar marcada por los bloques occidental u oriental. Como si fuera una suerte de nacionalismo posible en un Uruguay que desconfiaba de los nacionalismos.²⁰ Como si intentase marcar una suerte de *diferencial* boliviano, y sin embargo hacerlo comprensible, lograr empatía y apoyo. Por ello, en sus explicaciones del nacionalismo boliviano de los del MNR, Martínez Moreno aclaraba que “puede parecer patético porque nace de la convicción de una larga estafa y de un largo desaliento, pero que no es jingoísmo” que además tiene una definida conciencia anti-imperialista, que llama a las cosas por su nombre; sin nuestra pudibundez para el problema; tiene sus decididos objetivos de nacionalización de las minas, reforma agraria, diversificación de industrias y cultivos para acrecentar el potencial del país, escapando así al colonialismo, etc. Como todo y como todos en Bolivia, el MNR es católico; pero no clerical²¹

Nuevamente aquí Martínez Moreno volvía con la diferencia entre los modos, los estilos de la política en Bolivia y Uruguay. ¿Cuál era ese problema? Justamente el del nacionalismo y el de una república que, incomprensible, podía dejar en suspenso ciertas cualidades institucionales en pos de un proyecto revolucionario y, a la vez, democrático. Que, también, el MNR no tuviera inconvenientes en, al parecer, asumirse como católico y “no clerical”, para un país como Uruguay cuya imagen también estaba formulada bajo la bienaventuranza de un estado laico y donde el batllismo había pugnado desde bien temprano que la separación entre Estado e Iglesia quedase clara en todos los aspectos organizaba una sintonía impensada. Que Martínez Moreno enunciara lo positivo de ese “llamar por su nombre” de la revolución estaba en que, sobre todo, afincó al MNR y su revolución en esa serie de “sus decididos objetivos”.²² Además, lo ubicó en una tradición particular que compartía con otros ejemplos de los nacionalismos anti-imperialistas y revolucionarios del subcontinente, en los que afirmaba una filiación que no era comunista o estadounidense y que debía ser reconocida como democrática. Por ello, aclaró que hay que rechazar por igual las

²⁰ Espeche, *La paradoja*, op. cit.

²¹ Martínez Moreno, “Un reportaje...II”, 11.

²² *Ibidem*. El narrador y protagonista de su novela *El paredón*, que publicó en 1963 (accésit del premio Seix Barral en 1962) también realiza una suerte de *traducción* para volver comprensible los fusilamientos realizados por la llamada “Operación Verdad” en la Cuba revolucionaria. Aunque el narrador critica los criterios y alcances de esos fusilamientos, también establece los límites de la comprensión del republicanismo liberal uruguayo para un proceso revolucionario como el cubano.

imputaciones de nazismo y de comunismo dirigidas contra el MNR; ellas se explican por un designio de deformación interesada, y porque su misma posición ideológica lleva al MNR a situarse sentimentalmente frente a toda manifestación de antiimperialismo: así Mossadegh es uno de los héroes del mundo de hoy para gente del MNR, y sus triunfos merecen una atención especial. Pero esa misma atención se advierte en el boliviano cuando él entiende que es Truman el que le da razones internacionales de apoyo principista, al incautarse de la industria de acero de los Estados Unidos.²³

En otros términos, Martínez Moreno se detuvo en cómo explicar “lo viejo”, en el sentido del nacionalismo cuya referencia eran los proyectos expansionistas, militaristas y antidemocráticos que protagonizaron la Segunda Guerra, y así definir el nacionalismo de la revolución boliviana entroncándolo en otra serie: acoplar nacionalismo antiimperialista y tercerismo. No era ociosa la mención al primer ministro iraní Mohammad Mossadegh, bajo cuyo mandato el senado de ese país había aprobado el 20 de marzo de 1951 la nacionalización de la compañía petrolera Anglo-Iraní (AIOC en sus siglas en inglés) y estaba entonces en disputa con el gobierno británico, y para enero y marzo de 1952 había recibido al menos tres misiones del Banco Mundial para resolver la situación. (Mossadegh fue depuesto en un golpe de Estado coordinado por la Central de Inteligencia de los Estados Unidos en 1953, modelo que la misma CIA siguió un año después en Guatemala.)²⁴

Tampoco era menor la mención de Martínez Moreno a quien fue presidente de los EEUU entre 1945 y 1953, Harry S. Truman; bajo su gobierno había sido arrojada la Bomba Atómica y en su alocución de 1947, habría dado comienzo escrito a la llamada Guerra fría. El 9 de abril de 1952, Truman ordenó la incautación de la producción de acero como respuesta a la huelga obrera en la industria siderúrgica (veinte días después la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos la dejaría sin efecto). El ejemplo de dos líderes muy diferentes apuntaba, sobre todo en relación con el segundo, a la ironía de que cierto nacionalismo e intervención estatal estaban bien o mal vistos según la perspectiva o criterios sobre una “democracia”—cuya valoración en Uruguay era fundamental para la consideración misma de la identidad nacional—cuyos alcances y sentidos parecían ser también ellos *inestables*.

²³ Martínez Moreno, “Un reportaje...II”, 11.

²⁴ Roberto García, *Operaciones en contra: La CIA y el exilio de Jacobo Arbenz*, Tesis doctoral (Buenos Aires: FFyL, 2014).

Fue revolución

La del 52 se convertía de este modo en una revolución que había que considerar positivamente. Era lo nuevo, pero también lo esperable, lo que en realidad había estado allí presente desde siempre como parte de una justicia popular que, citando a Paz Estenssoro, caracterizaba como “un fenómeno que está planteado permanentemente, mientras subsista la actual estructura económico-social”.²⁵ Martínez Moreno había tenido tiempo para *madurar* su análisis, dado que las primeras notas dedicadas enteramente al tema aparecieron a partir del día 18 de abril. Antes que ellas, los diarios uruguayos habían seguido el día a día de la revolución, y en varios convivía la transcripción de las informaciones emitidas por las agencias noticiosas con pequeños comentarios originados en cada publicación. Como decía al comienzo, la evaluación de los hechos en los diarios era *inestable*. Para *El País*, por ejemplo, “Cristóforo Colombo” debía “rogar a Dios” por el mundo descubierta, y el diario filaba el levantamiento boliviano como parte de una seguidilla de levantamientos, como el de la Cuba de Batista, signados por el militarismo y, también, como resultantes de la variación de los precios de las materias primas. *El País* publicaba un editorial del *New York Times* que dejaba entrever un análisis sobre los sucesos en los que definía cierta ilegitimidad ideológica (la vinculación de uno de los líderes revolucionarios, Paz Estenssoro, con “tendencias totalitarias”) más allá de la legitimidad de la restauración de la democracia que la revolución habría venido a poner en primer plano:

Hace nueve años Washington consideró a Paz Estenssoro como un hombre con tendencias nacionalistas y totalitarias con fuertes nexos con los regímenes militares, inclusive el de Juan Perón en Argentina. El régimen de Villarroel no fue reconocido. Pero por el momento, y por lo menos hasta que la lucha se solucione de manera definitiva la cuestión central no es un posible cambio en la dirección interna de Bolivia, ni siquiera el efecto de ese cambio en las relaciones exteriores de Bolivia. El hecho que domina la situación y hace surgir una pregunta que probablemente dejará perplejos a los que planean políticas para el hemisferio occidental es que en una elección dominada por el gobierno el pasado mes de mayo Paz Estenssoro—aun en el exilio—ganó una clara mayoría. Una Junta Militar formada precipitadamente, anuló la elección y literalmente bloqueó la voluntad de los electores. La junta presidida por el general Hugo Ballivián fue reconocida por los Estados Unidos el 7 de junio del

²⁵ Cit. Martínez Moreno, “Bolivia comienza...II”, 16.

año pasado. Es esta secuencia de acontecimientos la que planteó las simientes de la dificultad presente.²⁶

El diario *Acción* repetía en un recuadro sobre este último país que el “nuevo golpe” había sido ayudado por miembros del MNR, “que desde hace tiempo conspiraban contra los gobiernos constituidos. Se trata pues de una secuela de ilegalidades.” Casi dos semanas más tarde, el mismo diario publicó un artículo del aprista Ezequiel Ramírez Novoa, en ese momento exilado en Montevideo, que definió a los sucesos de abril como parte de la lucha de un pueblo en pos de la democracia. Bolivia según Ramírez Novoa era parte de “nuestros países hermanos”, la revolución tenía un “profundo significado social” y, además, había una responsabilidad “nacional y continental”. Y, en particular, el apoyo mayoritario a los levantamientos de abril afirmaba que se trataba de un movimiento distinto al peronista, porque en Bolivia “hay igual acceso a las radios, diarios, o sea, idénticas condiciones democráticas, para diferenciarlas de las que dirigen las dictaduras, como el caso argentino.”²⁷ Ramírez Novoa había sido Secretario General de la juventud universitaria del APRA y Presidente de la Federación Nacional de Estudiantes del Perú (FEP) en los tempranos cincuenta. El gobierno de Odría lo obligó al exilio y recaló en Montevideo. Allí logró “cultivar buenas relaciones sociales que llegaban hasta el presidente Batlle Berres”. Durante su exilio en Montevideo, además, fue uno de los que organizó la reunión de exilados apristas, incluyendo a su líder máximo, Haya de la Torre. Este pequeño derrotero es apenas un muestrario de la escena montevideana en los años cincuenta: los exilados políticos peruanos, bolivianos y guatemaltecos y los diversos modos en que era expresada la denuncia contra el imperialismo estadounidense.

Para Ramírez Novoa, claramente la revolución de Bolivia debía ser entendida como una revolución que había sido el levantamiento contra la connivencia de los capitales extranjeros asociados a las oligarquías locales. Para Hernán Piriz, del diario comunista *Justicia*, la duda arreciaba sobre el liderazgo antiimperialista de Paz

²⁶ *El País*, sábado 12 de abril de 1952, Año XXXIV, Nro. 10.688, tapa. El gobierno de Villarreal sí fue reconocido por Estados Unidos luego de que desplazara a los líderes del M.N.R.

²⁷ *Acción*, Año IV, N° 1237, (jueves 10 de abril de 1952), Montevideo, tapa y Martínez Novoa Ezequiel, “La Revolución Popular de Bolivia”, *Acción*, Año IV, Nro. 1241, (martes 15 de abril de 1952), Montevideo, 3 respectivamente. Ramírez Novoa también publicó BOLIVIA: UN PUEBLO EN LA MISERIA Y EL ANALFABETISMO, *Acción*, Año IV, N° 1254, (martes 29 de abril de 1952), Montevideo, 2. Véase: Manrique Nelson, *¡Usted fue aprista! Base para una historia crítica del APRA* (Perú: CLACSO-Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009), 139. Agradezco a Martín Ribadero por la información sobre Martínez Novoa.

Estenssoro: si iba o no a traicionar el mandato popular antiimperialista de ese pueblo en armas retardando expedirse sobre la nacionalización de las minas: “¿Por qué mayor apuro por quitar las armas de sus manos que en despojar y desalojar de sus posiciones claves a sus mortales enemigos?”²⁸ o para el diario socialista *El Sol*, la pregunta era “¿Cuál es la verdadera definición política del “movimiento revolucionario nacional” y la del hombre que con su apoyo y en su nombre va a hacerse cargo, legalmente, de la presidencia de Bolivia?” y, sobre todo, “¿Su ‘nacionalismo’ es nazificante como lo dieron a entender sus contactos con Perón en la Argentina y las simpatías que en el país los rodeaban, haciendo ostentación de ellas, el herrerismo?”²⁹ Porque, en efecto, el herrerismo—la fracción hegemónica en el partido Nacional—tenía vínculos estrechos con el peronismo en el poder y había sido acusado de tener contactos con grupos de avanzada nazi en el país.³⁰ El diario herrerista *El Debate*, por el contrario, no dudaba sobre los alcances de la revolución: “resulta incuestionable que no se trata de un golpe cuartelero más, sino de una sublevación general en la que colaboran en un pie de igualdad, el Ejército y los civiles del M.N.R y del proletariado minero, es decir, la inmensa mayoría del país”.³¹

Las notas de Martínez Moreno venían a estabilizar estas dualidades informativas, y sus apreciaciones estaban muy cerca de las de Ramírez Novoa; a diferencia de las afirmaciones de *El Debate* podía reconocer que además de la fuerza de los mineros y el MNR, “En esta fase actual la revolución es invencible no sólo por la adhesión mayoritaria que concita, no sólo por la abigarrada fuerza sindical que está de pie para sostenerla—y de la que ya hablaremos—sino porque es un auténtico estado de convicción, que el cholo y el indio defenderán con su vida, y un auténtico estado de emoción”.³² A la vez, explicaba que el caso boliviano era un proceso iniciado diez años antes. Esto es, el golpe que el mayor Gualberto Villarroel había desbancado del poder a una junta militar liderada por Enrique Peñaranda, junto con la participación del MNR y RADEPA (“Razón de Patria”, una logia militar nacionalista).³³ A diferencia de *El País* o *Acción* ese legado no era cuestionable. Para

²⁸ Hernán Piriz, “¿Qué hay tras la cuestión boliviana?”, *La semana internacional, Justicia* N° 5286 (25 de abril de 1952): 3.

²⁹ Espolón (seudónimo utilizado por el líder del partido Socialista, Emilio Frugoni) “La revolución en Bolivia”, *El Sol*, 2da. Época (Año XII), N° 506, tapa y 8.

³⁰ Juan Odonne, *Vecinos en discordia*, op. cit.

³¹ “Los sucesos en Bolivia”, *El Debate* Año XXI, N° 7448 (jueves 10 de abril de 1952): 3.

³² Martínez Moreno, “Un reportaje...”, op. cit.

³³ El golpe fue encabezado por Villarroel, Radepa y el MNR quienes formaron una Junta de Gobierno encabezada por el primero. En 1944 Villarroel asumió como presidente

ello, comparó el proceso iniciado en 1943 con el levantamiento de Villarroel con el proceso mexicano protagonizado por quien fue presidente entre 1934 y 1940, Lázaro Cárdenas (identificándolo por su lucha antiimperialista en la nacionalización del petróleo en 1938). Y, también, con el levantamiento de los republicanos en la Guerra Civil española. De este modo, el trayecto finalizaba, legítimo, en los episodios de abril de 1952, que “significan la culminación de un proceso de más de diez años de lucha, y deben ser reseñados a la luz de esos antecedentes.³⁴ Era un mismo movimiento: desbancar las interpretaciones que habían hecho de Villarroel un filo-nazi, y con ello especificar la fuerza que podían tener las operaciones de prensa y sobre todo, desafiliar a Bolivia y su presente de cualquier injerencia Argentina. Así, Martínez Moreno desplegaba en su análisis que:

Peñaranda tenía las conexiones a las que ya aludimos con la Rosca y con el departamento de Estado. Su Ministro de Relaciones, Elío, había sido y era asesor de la Patiño Mines. La obra de captación que la Rosca ha hecho siempre de los universitarios, profesionales y políticos bolivianos, reconoció la sola excepción del M.N.R y del régimen de Villarroel. De ahí, la fuerte campaña internacional de descrédito con las conocidas acusaciones de nazismo, fascismo y aun de comunismo que el gobierno revolucionario soportó. El “Washington Post”, que en estos días ha vuelto a sus ataques contra el M.N.R, y muchos otros diarios de la Unión, estuvieron en esa campaña, fomentada por los intereses petrolíferos de Braden, que también habían sufrido con el cambio de situación (...) La Rosca, tras imputar de nazismo a Villarroel, tras señalar que en las minas pululaban los agentes del totalitarios, jugó su carta “democrática”, creando el Frente Democrático Antifascista, que contribuyó a engrosar el P.I.R

constitucional. Su gobierno realizó una serie de reformas entre las que se encuentran la proscripción del pongueaje y mitaje—dos modos de trabajo servil—en 1945, en un país de sociedad cuyas jerarquías tendían a dividirse empardando clase con etnia, cuya población era mayoritariamente indígena. Durante el gobierno de Villarroel se expandió el sindicalismo, especialmente el minero con apoyo del sector minoritario del gobierno, el MNR. En 1944 se creó la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). En 1945, se llevó a cabo el primer congreso indigenal. Este mismo gobierno reprimió a la oposición (encarcelamiento y ejecuciones) y, sobre todo, lo hizo contra el Partido de la Izquierda Revolucionaria. Por presión internacional—en particular del Departamento de Estado de los Estados Unidos—apartó del gobierno a los líderes del MNR en 1944, quienes volvieron a integrarse al gobierno después de unas elecciones parlamentarias donde salieron victoriosos. (Hasta ese momento, por ejemplo, uno de los líderes del MNR Víctor Paz Estensoro estaba a cargo de la cartera de Hacienda). La presión residía en que se acusaba a esos líderes como las caras visibles de una suerte de cooperación con el gobierno argentino que no habría terminado una vez que Villarroel llegase al poder, cooperación que además debía ser leída en torno del clivaje Dictadura/Democracia—se acusaba al gobierno argentino y al gobierno de Villarroel de filiación con el régimen nazi—. En 1946, una conmixción de fuerzas civiles y militares derrocó a Villarroel, quien fue linchado y colgado en la Plaza Murillo. Varios líderes del MNR salieron al exilio. James Dunkerley, *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia. 1952-1982* (La Paz: Plural, 2003), 31-34.

³⁴ Martínez Moreno, “Bolivia...I”, op. cit.

entonces amigo—como los comunistas de las demás latitudes—de los EE. UU.³⁵

La referencia al *Washington Post* es central a los efectos de una explicación que funcionaba como una denuncia: era, al menos en los años 50, la principal fuente de información de los *lawmakers*. E insistía, a la semana siguiente de la publicación de esta nota, con que:

La hostilidad interesada de la prensa estañífera y de los servidores de la Rosca, ha vuelto a sentirse “Washington Post” está en la línea que no abandonara en vida de Villarroel; los tristes diplomáticos bolivianos lo secundan. Ovidio Pozo califica de alianza peronista-comunista (!) a las fuerzas de la revolución de abril; Ostría Gutiérrez, desde Santiago, acusa de extrema derecha a la situación instaurada por los mineros. Los demócratas de otras latitudes protestan porque el diario de Aramayo no es protegido por el ejército contra los milicianos mineros todavía armados que pululan en La Paz y comparan el caso de “La Razón” boliviana con el de “La Prensa” argentina.³⁶

En ello, la distinción entre liderazgos era central: ya porque Villarroel no hubiera sabido “organizar” a las masas que lo apoyaban, mientras que Paz Estenssoro sí lo habría hecho; ya porque este último era incomparable con Perón: era civil, y era un economista dedicado a las finanzas públicas. Y, no era menor, Perón no había apoyado su candidatura en las elecciones de 1951, sino las del diplomático boliviano Gabriel Gosálvez. Para esta distancia entre un líder y otro (que además quería ser la inversión de un espejo, el del mismo Perón), Martínez Moreno también se hacía eco de las palabras de otro líder del MNR, y citando una nota que Augusto Céspedes había publicado en *Marcha*, Villarroel aparecía investido de una “pasividad casi sobrenatural” que lo hizo aceptar ser al mismo tiempo víctima de un sacrificio y responsable de una derrota: “se deja llevar por el torrente de los acontecimientos forjados por la Rosca”, entre ellos su ajusticiamiento en la plaza pública.³⁷

Reconocer o no a un gobierno

Que *Marcha* publicase esas notas de Martínez Moreno—quien además citaba, como si dijésemos *con toda su autoridad*, las palabras de dos de los principales líderes del

³⁵ Martínez Moreno, “Bolivia...I”, 16.

³⁶ Martínez Moreno, “Bolivia...II”, 16.

³⁷ Martínez Moreno, “Un reportaje...”, 11. Augusto Céspedes (1904-1997) había participado como corresponsal de la Guerra del Chaco para el diario *El Universal*—el diario que en Bolivia se había opuesto a la guerra. Redactor del diario *La Calle*—central en la difusión del ideario del MNR—fue uno de los miembros fundadores del MNR, Secretario General hasta 1944 en el gobierno de Villarroel y, luego de la revolución de abril de 1952, dirigió el diario *La Nación*—el órgano de prensa del MNR en el poder. Había estado también exilado como Paz Estenssoro en Argentina y en Uruguay.

MNR—condicionaba la lectura y lo que se decía en sus páginas debía ser, a menos aclaración de lo contrario, parte de la cosmovisión y apuesta política del semanario: era una tribuna reconocida en la que afirmar la legitimidad de un proceso de “diez años”, y era una tribuna además que había sido sumamente crítica del peronismo en el poder.³⁸ En el número en que Martínez Moreno comenzaba sus notas sobre Bolivia, un suelto explicaba los vaivenes de la política exterior uruguaya en torno del reconocimiento de gobiernos considerados no democráticos. Allí el análisis describía otras situaciones donde el Uruguay había reconocido gobiernos claramente no democráticos o cuyos líderes habían asumido por asonadas militares, modificando luego sus votos sin explicitar razones, como el caso de Perú. Y en ese sentido, la deriva final del reconocimiento al gobierno de Paz Estenssoro le servía para mostrar la incoherencia que había seguido el país en torno de las razones por las que había o no reconocido a otros gobiernos. El problema habría estado en seguir las condiciones estadounidenses. En este último sentido de alineamiento el articulista mencionaba a las “noveleras doctrinas de industria nacional” que habrían seguido esos mismos derroteros: las postuladas por quien había sido el Ministro de Relaciones Exteriores (1942-1943) y más tarde Vicepresidente del país (1943 y 1947), el Dr. Alberto Guani, y del también el Ministro de Relaciones Exteriores (1945-1947), el Dr. Eduardo Rodríguez Larreta bajo la presidencia de Juan José de Amézaga.³⁹ Las dos eran entendidas como extensiones del panamericanismo. En el primer caso, fue la propuesta que presentó Guani en 1943 como presidente del Comité Consultivo de Emergencia para la Defensa Política del Continente, creado por la Tercera Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de América en Río de Janeiro en 1942. Según la propuesta de Guani, no podía reconocerse a un gobierno nuevo

³⁸ Ximena Espeche, Informe de Beca Fondo Nacional de las Artes (Buenos Aires: FNA, 2005).

³⁹ “El reconocimiento del gobierno de Paz Estenssoro”, *Marcha* N° 618 (viernes 18 de abril de 1952): 5-4. Ruiz, “Del viraje ...” y “El Uruguay próspero...”, 85-162. Para un estudio del modo en que actuó la cancillería uruguaya en el marco del golpe de Villarreal en Bolivia y del G.O.U en Argentina, y que permite relevar los grados diversos de las relaciones entre Argentina y Uruguay en el marco de la Segunda Guerra donde al menos bajo el gobierno de Amézaga hubo un intento de “aproximación” al gobierno argentino, incluso en el marco del golpe de Estado, y de las internas en el mismo gobierno uruguayo en torno de los alcances de ese acercamiento, véase, Ana María Rodríguez Ayçaguer, “Entre la hermandad y el panamericanismo. El gobierno de Amézaga y las relaciones con Argentina I: 1943”, *Papeles de Trabajo* (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelaR, agosto de 2004). Sobre la actuación de Uruguay en las conferencias panamericanas, véase Isabel Clemente, “Uruguay en las conferencias panamericanas: la construcción de una opción en política exterior”, Ponencia presentada al Simposio “Los Asuntos Internacionales en América Latina y el Caribe. Historia y teoría. Problemas a Dos Siglos de Emancipación”.

constituido por la fuerza “si antes no se examinaban las circunstancias bajo las cuales llegó al poder, para prevenir cualquier influencia totalitaria”.⁴⁰ Esa propuesta era así entendida como una reacción al golpe protagonizado por Villarroel. En el segundo, Rodríguez Larreta presentó una doctrina que era una fórmula de intervención colectiva y que llevó como punta de lanza en el marco del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947: funcionaba como amenaza para cualquier país considerado sospechoso de atentar contra la democracia de las repúblicas del continente y estaba virtualmente dedicado a la Argentina peronista.

Martínez Moreno también prestó atención a los vaivenes de la política exterior uruguaya en los mismos términos, recordando que la cancillería uruguaya había sido, durante el gobierno de Villarroel, “la editora visible del sistema de las consultas”. Así refería a las propuestas que desde las conferencias panamericanas de Buenos Aires (1936) y Lima (1938) intentaron la organización de un sistema de seguridad continental sustentado en el principio de consulta—que se fijó en la llamada “Declaración de Lima”—y en el que quedó establecido el procedimiento de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores ante el caso de amenaza a la Paz, la Seguridad o la integridad territorial de una república americana. Los Estados signatarios, a través de sus Ministros de Relaciones Exteriores, podrían solicitar las reuniones de consulta derivadas, entonces, de lo que advirtieran como signos de amenaza de ese tipo.

En definitiva, tanto Martínez Moreno como quien escribió el artículo sobre el reconocimiento o no del gobierno boliviano entendían que el modo en que Uruguay se había manejado en torno al principio de consulta funcionó como una suerte de punta de lanza del sistema interamericano liderado por los Estados Unidos. Esta denuncia venía a conjugarse paradójicamente con aquellas otras provenientes del modo en que, al menos hasta la Conferencia de Chapultepec en 1945, habían sido centrales en el armado de las relaciones exteriores durante el peronismo. Esto es, la crítica a la insistencia estadounidense en la configuración de un sistema jurídico americano que supusiera como modelo el estadounidense.⁴¹ De este modo, al tiempo que otro

⁴⁰ César Sepúlveda, “Las doctrinas del reconocimiento de gobiernos y su aplicación a la práctica”, *Boletín del Instituto de Derecho Comparado de México*, Año VI, Nro. 16 (enero-abril 1953): 22.

⁴¹ Martínez Moreno, “Bolivia empieza...P”, 16. Juan Pablo Scarfi, *El imperio de la ley* (Buenos Aires: FCE, 2015). Para un estudio sobre las relaciones exteriores entre EEUU y Argentina, Leandro Morgenfeld, *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en conferencias panamericanas* (Buenos Aires: Ediciones Continente, 2010). Y sobre las relaciones entre Bolivia y Argentina para el período 1939-1945 véase Beatriz Figallo, “Bolivia y Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda Guerra Mundial”, *Estudios Interdisciplinarios de América*

factótum y redactor de *Marcha* como Julio Castro afirmaba que en Uruguay se volvía imperioso la formulación de una “conciencia antiimperialista”, y el mismo año en el que Estados Unidos y Uruguay negociaban la firma de un acuerdo militar contra el que *Marcha* se opuso, Martínez Moreno *traducía* la experiencia boliviana en términos de antiimperialismo y tercerismo: era a sus ojos ni más ni menos que de una experiencia con características propias que debían ser objeto de ponderaciones “realistas”.⁴²

El corresponsal de la revolución, para la revolución

Aunque Martínez Moreno insistió en marcar la continuidad de un proceso, adelanté ya que realizó una diferenciación entre el golpe protagonizado por Villarroel en 1943 y el levantamiento de 1952. Si bien ligó al MNR con esa experiencia, lo diferenció entre otras cosas porque el MNR habría sabido manejar los “embates a la información dirigida” (que parecieron ser centrales para el golpe contra Villarroel).⁴³ “La propaganda de los grandes intereses incide sobre el caso boliviano, dentro y fuera de Bolivia, con invariables intenciones de desfiguración. Derrotada dentro del país, hecha a vuelo las campañas de rumores que hemos oído cientos de ellos en diez días de permanencia en La Paz. Y en el exterior fragua interpretaciones, tuerce los hechos”, y que frente al colgamiento de Villarroel “quiso convencer a América de que actuaban estudiantes, obreros, y maestros, cuando se había lanzado a las calles una poblada imbuida de su ficción vindicativa, y cuando se había conquistado a algunos arrebatados auténticos, con la relación de sórdidos horrores que ellos nunca pudieron comprobarse desde que no existían”.⁴⁴ Y la sospecha que hacía efectiva Martínez Moreno era que esos embates habían seguido, en parte, los dictámenes geopolíticos del departamento de Estado de EE.UU. Martínez Moreno hablaba de “los grandes intereses” y aquí la referencia suponía una trama que tenía a las agencias de noticias, al Departamento de Estado de E.E.U.U y a la rosca como parte del mismo contexto de posibilidad para la operación contra Villarroel. En ese sentido podemos leer la acusación de Martínez Moreno a quien había sido director de la sección Latinoamericana de AP, Rafael Ordorica, quien también había ocupado la dirección

Latina y el Caribe, Vol. 7, nro. 1, Tel Aviv (1996). Disponible en: <http://www7.tau.ac.il/ojs/index.php/eial/article/view/1187/1215>

⁴² Martínez Moreno, “Bolivia...II”, 16. Julio Castro, “Dos noticias sobre Uruguay”, *Marcha* N°. 630, (11 de julio de 1952): págs. centrales.

⁴³ Martínez Moreno, “Un reportaje...III”, 11.

⁴⁴ Martínez Moreno, “Un reportaje...”, 11.

de *La Razón*.⁴⁵ Y es por ello que insistió en que todas las aprehensiones del MNR contra la prensa en Bolivia eran justificadas, y que los problemas que tenía el diario *La Razón* para sacar sus papeles a la calle después de la revolución no podían de ninguna manera compararse con las vicisitudes del diario *La Prensa* bajo la égida peronista (cuestión que, como vimos, también había sido central para diferenciar ambos procesos en la perspectiva de Ramírez Novoa).⁴⁶

La importancia de las agencias de noticias en la distribución y organización de las “narrativas” de los hechos, así como las diferencias y cuestionamientos a esas mismas narrativas es un punto central en el entramado de política exterior e interior en la región y de la relación entre América Latina y Estados Unidos durante la Guerra Fría.⁴⁷ Para el momento en que Martínez Moreno estaba escribiendo sus notas sobre Bolivia se había hecho el anuncio de que Uruguay comenzaría a contar con máquinas teletipos (“las máquinas que las agencias habían pedido para radicarse definitivamente en el país”) que le permitiría obviar el pasaje por Buenos Aires en la recepción de los cables informativos. (Si bien desde 1945 había una agencia de noticias de capitales privados: la Agencia Nacional de Informaciones).⁴⁸ Pero esta certeza, el de obviar el pasaje por Buenos Aires, no permitía obviar otras referencias. Una directamente vinculada con la capacidad de compra-venta de los servicios informativos, que puede colegirse de importancia otorgada por un matutino en la bienaventuranza de que las agencias pudieran “radicarse definitivamente en el país”—con lo que los costos de los teletipos probablemente disminuirían. Otra tiene que ver con un posicionamiento político-ideológico circundado por la sospecha: Martínez Moreno insiste en su

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ Según el informe de la UNESCO sobre las agencias telegráficas de noticias, tanto Uruguay como Argentina—junto con Chile y Brasil—estaban dentro de los países que conocían las noticias del mundo vía las agencias UP, AFP, Reuters e International News Service (INS). Bolivia, en cambio, lo hacía bajo las agencias estadounidenses (UP, AP y INS). En las conclusiones del informe, la agencia de noticias soviética TASS, además de las antes citadas, manejaban la comunicación internacional, pero bajo una lógica de interés nacional: “NO EXISTE NINGUNA AGENCIA TELEGRÁFICA DE INFORMACIÓN QUE SEA VERDADERAMENTE INTERNACIONAL”. Y esto constituía un problema de carácter doble: desigualdad en la distribución de la información y que esta era producida por unas pocas agencias *nacionales*. UNESCO, *Les agences télégraphiques d'information* (Paris: Unesco, 1953), 212-220. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001356/135686fo.pdf>. La fecha del informe no es ociosa teniendo en cuenta que la llamada “Guerra Fría” llevaba ya unos pocos años y se dirimía también en torno a las operaciones de prensa. Y, un año después, un reputado periodista inglés continuaba la investigación con otro estudio: Francis Williams, *Las telecomunicaciones y la prensa* (París: Unesco, 1954). Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001372/137200so.pdf>

⁴⁸ “LAS AGENCIAS NOTICIOSAS RECIBEN TELETIPOS”, *La Mañana* Nro. 12.503 (sábado 12 de abril de 1952): 3.

“reportaje” en que la información de las agencias de noticias está tramada con acciones en política exterior (como el reconocimiento o no de un gobierno y la firma del Tratado de Asistencia militar con Estados Unidos). Recordemos también que la insistencia de Martínez Moreno en repetir la capacidad del diario *Washington Post* en la organización de sentidos comunes respecto a regímenes políticos—como había sucedido con el de Villarroel—lo inclinaba aún más para definir cuál era la importancia de contar con información de primera mano. (De hecho, para las fechas en que Martínez Moreno escribía estas crónicas, Víctor Andrade llegaba a Estados Unidos en carácter de embajador, ya había sido representante boliviano en ese país durante el gobierno de Villarroel, y tenía como uno de sus principales objetivos alentar las “buenas relaciones” entre Estados Unidos y Bolivia, disputando en sede de la Unión sobre la información que los operadores del departamento de Estado contribuían, a su vez, a formar).⁴⁹

Es plausible afirmar que Martínez Moreno se transformó en un *corresponsal* de la revolución, pero, sobre todo, *para* la revolución. Porque además de citar las palabras textuales de Paz Estenssoro y Céspedes, hace lo mismo con los comentarios de otro líder revolucionario a quien consigna como un “antiguo conocido”, y éste le habría narrado la “conquista y defensa” de su ciudad, Oruro—por la que había sido electo senador en representación del MNR en 1951 y había comandado el comando revolucionario de esa ciudad. Ese narrador es Manuel Barrau, quien había vivido parte de su exilio en Uruguay en el departamento de la Florida.⁵⁰ Ser testigo, en el teatro de las operaciones, entonces tenía un *plus* que ningún otro medio de prensa tenía: el del territorio recorrido por el corresponsal verificando, en julio, lo dicho en sus primeras notas desde Montevideo, en abril. Pero esas palabras están solapadas con las voces de los otros, quienes son los protagonistas de esa historia que Martínez Moreno organiza en torno de los testimonios, la historia del país que surge de esos testimonios y lo que ha ido a buscar a Bolivia. A la par que Martínez Moreno criticaba el trabajo del diario *La Razón* de Bolivia por haber sido representante de la “rosca”, por hacer “operaciones de prensa”, aun consideraba que era posible dar cuenta con objetividad

⁴⁹ James F. Skiemeier, *The Bolivian revolution and the United States, 1952 to the present* (State College, PA: The Pennsylvania State University Press, 2011), 61-64; según Skiemeier, Andrade había hecho algo similar cuando fuera embajador bajo el gobierno de Villarroel entre 1944 y 1945; de acuerdo a este autor, gracias a sus gestiones Estados Unidos terminó por reconocer el gobierno de Villarroel, con el costo de que los miembros del MNR dejaran sus puestos.

⁵⁰ Arze Cuadros, *Bolivia...*, 130.

de los sucesos en Bolivia. Pareció funcionar como una disputa de ese espacio noticioso, pero con el mandato revolucionario del MNR.

Breves conclusiones

La serie de notas que escribió Martínez Moreno en 1952 arman una suerte de *folletín* de la revolución que insiste en dotar de legitimidad al levantamiento de abril. En el esquema “continuará”, cada una de ellas presentaba aspectos de la historia boliviana que para Martínez Moreno volvían comprensible un levantamiento popular, dirigido por líderes del MNR. Quería hacer de esa revolución un hecho asimilable para el paladar uruguayo, y sobre todo, para aquel paladar que *Marcha* contribuyó a formar (y que también modificó al semanario): la formación de una opinión pública tercerista, antiimperialista y nacionalista, de izquierda y también defensora de la democracia. Una revolución como la boliviana, que recibió numerosas acusaciones, por derecha y por izquierda, podía ser una primera punta de lanza para la extensión regional de una idea específica de tercerismo que parecía ir más allá que la afirmación de una postura en política internacional o la defensa de la paz. *Traducir* los sucesos del 52 como parte de un panorama más amplio, que tuviera a América Latina como corolario posible y deseable, y que tuviera al nacionalismo tercerista como de indiscutible relevancia. Todo ello desmarcándose de la sombra que parecía representar la Tercera Posición peronista.

Obras citadas

- AA.VV. Transcripción a máquina de las conferencias sobre “Tercera Posición” organizadas por la Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay, 1953.
- A.F.S, “Lo que es y lo que no es la Tercera Posición”. *Marcha* Nro. 580 (15 de junio de 1951): 8-9.
- Arze Cuadros, Eduardo. *Bolivia, el programa del MNR y la revolución nacional. Del movimiento de Reforma Universitaria al ocaso del modelo neoliberal*. La Paz: Plural, 2002.
- Cabrera Cabral, José Pedro. “El pensamiento nacionalista de la izquierda uruguayaya (1950-1973)”. *Cuadernos Americanos*, 133 (2010): 75-87.

- Castro, Julio. "Dos noticias sobre Uruguay". *Marcha* N°. 630 (11 de julio de 1952): páginas centrales.
- Cervantes, Madolin Shorey de. "El Uruguay, visto por una periodista estadounidense". *Marcha* N° 632 (viernes 25 de julio de 1952): 8.
- Clemente, Isabel, "Uruguay en las conferencias panamericanas: la construcción de una opción en política exterior". Ponencia, Simposio "Los Asuntos Internacionales en América Latina y el Caribe. Historia y teoría. Problemas a Dos Siglos de Emancipación".
- Cortés, Martín. "La traducción como búsqueda de un marxismo latinoamericano: la tradición intelectual de José Aricó". *A contracorriente*. Vol. 7, N° 3, (2010): 145-167.
- Cristofalo, Américo. "Presentación. Traducir el siglo XIX". Jerónimo Ledesma y Valeria Castelló-Jouvert, coords. *Revolución y literatura en el siglo XIX. Fuentes, documentos, textos críticos*. Tomo I: Blake, Büchner, Buenos Aires: Editorial de la FFyL, UBA, 2012. 5-10
- Dunkerley, James. *Rebelión en las venas. La lucha política en Bolivia. 1952-1982*. La Paz: Plural, 2003.
- Espeche, Ximena. Informe de Beca Fondo Nacional de las Artes. Buenos Aires: FNA, 2005.
- . *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX*. Bernal: UNQ, en prensa.
- Figallo, Beatriz. "Bolivia y Argentina: los conflictos regionales durante la Segunda Guerra Mundial". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Vol. 7, nro. 1 (1996).
- Frugoni, Emilio (Espolón). "La revolución en Bolivia". *El Sol*. 2da. Época (Año XII). N° 506, tapa y 8.
- García, Roberto. *Operaciones en contra: La CIA y el exilio de Jacobo Arbenz*. Tesis doctoral, Buenos Aires: FFyL, 2014.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Gregory, Stephen. *The Collapse of Dialogue. Intellectuals and Politics in the Uruguayan Crisis 1960-1973*. Tesis de doctorado. Sydney: University of New South Wales, 1998.

- Manrique, Nelson. *¡Usted fue aprista! Base para una historia crítica del APR4*. Perú: CLACSO-Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.
- Martínez Moreno, Carlos. “Bolivia comienza a vivir su revolución”. *Marcha* N° 618 (18 de abril de 1952): 16.
- . “Bolivia comienza a vivir su revolución”. *Marcha* N°. 619 (25 de abril de 1952): 16.
- . “Un reportaje a la revolución boliviana”. *Marcha* N° 633 (1 de agosto de 1952): 11 y 13.
- . “Un reportaje a la revolución boliviana (II)”. *Marcha* N° 634 (8 de agosto de 1952): 11.
- . “Un reportaje a la revolución boliviana (III)”. *Marcha* N° 635 (15 de agosto de 1952): 14.
- . “Un reportaje a la revolución boliviana”. *Marcha* N° 636 (22 de agosto de 1952): 8-9.
- Morgenfeld, Leandro. *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en conferencias panamericanas*. Buenos Aires: Ediciones Continente, 2010.
- Odonne, Juan. *Vecinos en discordia*. (Versión corregida). Montevideo: El galeón, 2004.
- Piriz, Hernán. “¿Qué hay tras la cuestión boliviana?”. *La semana internacional, Justicia* N° 5286 (25 de abril de 1952): 3.
- Plotkin, Mariano. “La “ideología” de Perón: Continuidades y rupturas” en Mariano Plotkin y Samuel Amaral comp. *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires: Cántaro Editores, 1993.
- Ramírez Novoa, Ezequiel. “La Revolución Popular de Bolivia”. *Acción*, Año IV, Nro. 1241 (15 de abril de 1952): 3 .
- . BOLIVIA: UN PUEBLO EN LA MISERIA Y EL ANALFABETISMO. *Acción*, Año IV, N° 1254 (29 de abril de 1952).
- Rocca, Pablo. “35 años en Marcha”. *Nuevo texto crítico* (1993): 3-151.
- . “Carlos Martínez Moreno: ficción y realidad” en Heber Heber y Pablo Rocca, dir. *Historia de la literatura uruguaya contemporánea, Tomo I: La narrativa del medio siglo*. Montevideo: EBO, 1996.
- Rodríguez Ayçaguer, Ana María. “Entre la hermandad y el panamericanismo. El gobierno de Amézaga y las relaciones con Argentina I: 1943”. *Papeles de Trabajo*. UdelaR (agosto de 2004).

- Ruiz, Esther. “Mirando a Artigas desde el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial” en Frega Ana y Ariadna Islas (coords.) *Nuevas Miradas en Torno al Artiguismo*. Montevideo: FHCE, 2001.
- . “Del viraje conservador al realineamiento internacional. 1933-1945” en Frega Ana et al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: EBO, 2010.
- . “El Uruguay próspero y su crisis. 1946-1964” en Frega Ana et al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: EBO, 2010.
- Saitta, Sylvia. “Hacia la revolución”. *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires: FCE, 2007. 11-30.
- Scarfí, Juan Pablo. *El imperio de la ley*. Buenos Aires: FCE, 2015.
- Skiemeier, James. *The Bolivian revolution and the United States, 1952 to the present*. College State College, PA: The Pennsylvania State University Press, 2011.
- Solari, Aldo. *El Tercerismo en el Uruguay*. Montevideo: Alfa, 1965.
- Stefanoni, Pablo. “*Qué hacer con los indios...*” *Y otros traumas irresueltos de la colonialidad*. La Paz: Plural, 2010.
- UNESCO. *Les agences télégraphiques d'information*. Paris: Unesco, 1953.
- Vior, Eduardo. ““Perder los amigos, pero no la conducta’ Tercerismo, nacionalismo y antiimperialismo: *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-74)” en Mabel Moraña y Horacio Machin eds. *Marcha y América Latina*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2003. 79-122
- Williams, Francis. *Las telecomunicaciones y la prensa*. París: Unesco, 1954.
- Zanatta, Loris. *La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*. Buenos Aires: Sudamericana, 2015.
- Zwarosky, Mariano. “Gramsci y la traducción. Génesis y alcances de una metáfora”. *Revista Prismas*. Vol. 17 N° 1 (junio 2013): 49-66.